

REGRESO

Tras muchos años lejos de su hogar, Juan volvía a casa. Tenía sentido, aunque todavía no se lo había encontrado. Él, el triunfador, el gran abogado, el que ganaba miles de euros sentándose en su lujoso despacho del centro de una gran ciudad, el que paseaba en el coche más caro del mercado, el que podía permitirse cualquier cosa que deseara, no era feliz.

¿Cómo ha podido suceder algo tan inexplicable? No le encontraba ningún sentido. Tenía todo lo que siempre había anhelado. Había alcanzado el lugar que se merecía. No tenía que preocuparse por nada de lo que a los demás atenazaba. Pero era incapaz de disfrutarlo.

Fue una mañana, al despertarse como siempre a las 7.00 con el sonido de la ópera Turandot de Puccini, cuando se dio cuenta de que no le apetecía levantarse, que no lograba moverse, que sus piernas no le obedecían y siguió tumbado escuchando los acordes de su equipo musical de última generación.

Dejó vagar su pensamiento y analizó, sin querer, las cosas que le habían sucedido últimamente. Ninguna de ellas le satisfacía y continuó en su cama rebuscando entre sus recuerdos, intentando encontrar una razón para seguir adelante, levantarse y empezar un nuevo día.

Lo primero agradable que se dibujó en su mente fue el paisaje de su pueblo natal, su infancia en un pueblo agrícola y ganadero donde la vida era dura pero muy gratificante. Aunque había pasado una eternidad y una infinidad de vivencias teóricamente fantásticas, no encontró nada comparable a aquella sensación de sorpresa que le acompañaba en aquel momento.

Recordó a sus primos mayores que trabajaban en el campo desde la mayoría de edad, las canciones con que se animaban, las reuniones con los compañeros de trabajo, las conversaciones familiares alrededor de una mesa, y comprendió que era eso, simplemente eso, lo que de verdad quería.

Pensó de nuevo en su situación actual. Se filtraba en su mente sin poder controlarlo. Era horrorosa. Lo que peor llevaba era la competencia cruel y desleal entre los colegas del despacho. Cuando empezó, consideraba que era un incentivo para mejorar en su trabajo pero ahora lo veía como una losa insoportable que le estaba aplastando y le impedía respirar. Se sentía extraño.

Tampoco soportaba el machismo imperante en la oficina. No era algo concreto, ni solo con las administrativas, o la típica y afortunadamente desaparecida relación jefe-secretaria, ahora se había extendido como una peste por todo el grupo. Cada uno debía ganarse su puesto, es verdad, pero a ellas se lo ponían más difícil... con esas bromas absurdas sobre su talento y su aspecto.

Él se pasó al bando equivocado, aunque no se arrepentía y lo hubiese vuelto a hacer una y mil veces. Defendía la igualdad entre hombres y mujeres y que se les calificase (o descalificase) por su actitud laboral, por su buen hacer, por su capacidad, pero no por el simple hecho de que llevaran pantalones.

En su cruzada particular a favor de sus compañeras no le acompañaba ninguno de sus antiguos colegas y se fue uniendo a las “mujeres” del despacho porque ellos lo fueron excluyendo de las citas, conversaciones, reuniones, etc. No lo podía entender, lo único que pretendía era que las relaciones fluyesen con normalidad, sin discriminaciones absurdas. Fue la primera vez que sintió una emoción hasta ese momento desconocida; la soledad.

La llegada de Laura lo puso todo del revés. Era una joven ambiciosa y con las ideas muy claras. Desde el primer momento dejó claro cual era su sitio y cortó de raíz cualquier comentario ofensivo —o no— para evitar polémicas. Se creó un espacio propio en el que no permitía entrar a cualquier y las órdenes sólo las daba ella.

Las chicas se pusieron inmediatamente de su parte y fueron arrinconando a los pesos pesados del despacho que hasta ese momento lo habían organizado todo. Les quitaron sus privilegios masculinos (y como veteranos) antes de que se dieran cuenta y las cosas cambiaron drásticamente. Ya no eran ellos los controladores; ahora eran los controlados.

Juan observaba los acontecimientos y no daba crédito a lo que estaba sucediendo. Como se había posicionado con ellas desde el principio, aún antes de la llegada de Laura, no recibía ningún tipo de ataque directo pero se sentía fatal.

Aunque lo que estaba sucediendo era lo que se merecían y la guerra la habían empezado ellos, el único que lo veía de esa forma era él y sufría por la impotencia que sentía al no poder resolver los problemas que cada vez eran más y de mayor gravedad.

El ambiente empezó a resultarle insoportable. Ya no conseguía aislarse de lo que dejaba atrás al cerrar la puerta. Veía las disputas absurdas por ganar pequeñas batallas diarias y notaba que la eficacia laboral era cada vez menor. No conseguían separar lo laboral de lo personal y empezaban a perder casos que, inicialmente, parecían ganados.

No se resolvería. La lucha abierta en el despacho era el reflejo de lo que la sociedad vivía en ese momento... y Juan estaba cansado de pelear en una guerra que no había deseado nunca. Era absurdo. Los problemas internos estaban destruyendo todo lo que tenían y pensaba que los clientes empezaban a darse cuenta de que la incapacidad de sus colegas para trabajar en equipo, incidía negativamente en sus pleitos.

Esa sensación era la que lo mantenía pegado a la cama, sin poder levantarse, sin ganas de nada, sin...ilusión. ¿Cómo? ¡Imposible! Tenía todo lo que siempre había deseado, todo aquello por lo que había luchado, por lo que había renunciado a su vida anterior.

Intentó expulsar esos pensamientos de su cabeza, esconderlos en una zona muy profunda de la que no pudiesen aflorar, pero no lo consiguió. Al contrario, cada vez era más fuerte el sentimiento de inutilidad de su vida, de su continua pelea por ser el mejor, por sentirse (y que los demás le vieran) triunfador.

¿Qué estaba pasando? ¿Cómo podía pensar en eso? Era un ganador. Había dejado el pueblo, estudiado duro, trabajado mucho y conseguido una buena posición social; era alguien importante y con una vida plena. No podía ni plantearse otra cosa. Jamás.

De pronto, su ansiedad aumentó. Se rompieron todos los diques que contenían sus anhelos. Comprendió que no había marcha atrás, que todo estaba muy claro y que era la única decisión que podía tomar. Se relajó completamente y, tras unos minutos de descanso, se levantó de la cama. El momento había llegado, inesperadamente y sin posibilidad de volver atrás. No era posible. Se sentía muy bien, renovado y más feliz que en los últimos años.

La ópera acabó en ese preciso instante. Juan lo percibió como una señal para llevar adelante la decisión tomada.

Liquidó sus compromisos, vendió su casa y su coche y cogió un tren que le llevó directamente a la felicidad: su pueblo natal y un trabajo que, gracias a sus primos y porque lo llevaba en la sangre, realizaría encantado.

Allí encontró lo que buscaba. Todos colaboraban sin diferencia de sexo en las tareas habituales y eran ellas las que trabajaban además en la casa. No se quejaban pero siempre decían que sus condiciones podían mejorar si sus “hombres” colaborasen en las tareas habituales del hogar. Era una típica “pelea de sexos”, pero muy tranquila, en la intimidad y que no salpicaba a quienes no formaban parte de la misma.

Juan se dio cuenta de que la guerra era la misma en todas partes pero que aquí se llevaba mejor porque las mujeres se sentían iguales a los hombres y no necesitaban ganar absurdas batallas para demostrar que su capacidad es la misma. No buscaban un reconocimiento global, sino vivir dignamente el día a día, que las cosas funcionasen perfectamente y que la felicidad estuviese presente en todas sus actividades. Podía mejorarse, seguro, pero ¿para qué iniciar una guerra en la que habría muchas bajas?

Por fin había encontrado su lugar. Le costó adaptarse al duro trabajo del campo pero le gustaba esa actividad y la vida era perfecta para alguien que había padecido la irritación urbana. Tras sus experiencias anteriores, valoraba especialmente la camaradería de sus nuevos compañeros (de ambos sexos), donde el reparto de tareas no estaba relacionado con una jerarquía absurda, sino con las capacidades reales de cada uno de ellos. Se sentía integrado y aceptado, sin que le reprochasen continuamente las opiniones que expresaba con libertad, intentando no herir a nadie.

Pronto se enamoró, se casó, tuvo hijos y fue de los pocos del pueblo que trabajaban dentro y fuera del hogar. A él le gustaba participar de las tareas que hacían la vida fácil. Cocinar una deliciosa comida para compartirla con los demás, eliminar el polvo de las superficies de los muebles para hacer desaparecer los problemas cotidianos, hacer las camas para soñar cosas hermosas cada noche o limpiar los cristales para que pueda entrar la luz del sol. Todo tenía sentido. Por fin...era feliz.

PSEUDÓNIMO: Zenda
